

Alocución radial del Arzobispo de
Corrientes
Mons. **DOMINGO S. CASTAGNA**
DOMINGO VIGÉSIMO
OCTAVO durante el año.
15 de octubre de 2000.
Marcos 10, 17-30.

Destino de los bienes. Para ser buenos de verdad es preciso darlo todo; todo lo que consideramos propio, sin referencia a los otros. Entiendo "a los otros" con quienes estamos llamados a formar una comunidad como familia grande. El hábito de "lo propio", como exclusiva posesión y dominio, se ha instalado de tal modo en nuestro estilo de hacer la historia que su desalojo produciría un desajuste parecido a la muerte. Si las personas están orientadas, esencialmente, las unas a las otras, también lo están los bienes que producen: espirituales, culturales y económicos. Difícil conclusión que no niega el derecho de propiedad sino que lo aclara. Sus premisas distan mucho de las aprendidas por las humanas tradiciones, invalidadas por Jesús. El joven rico: entusiasmado con Jesús, buen chico, con una vida ordenada, conforme a los mandamientos transmitidos por Moisés, se echa atrás ante el desafío formidable de dar un paso adelante y llegar a la perfección: "Sólo te falta una cosa".¹ Ponte con tus bienes al servicio de los pobres. Decídelo definitivamente, como Dios decide la salvación de los hombres en la entrega sin reservas de su Unigénito. La exhortación a seguirlo comprende la imitación de esa asombrosa y saludable entrega.

2.- **Cambio y renacimiento.**
Para llevar la fe a su expresión cabal se requerirá esta nueva visión de las relaciones entre las personas. Al observar el desarrollo de la sociedad, compuesta aquí por comunidades de cristianos, sobreviene, a espectadores como Ghandi, una dolorosa impresión: "No soy cristiano por culpa de los cristianos". No será preciso recurrir a personas que no comparten el mismo

bautismo. Entre los bautizados, del 80 al 90 por ciento de la población argentina, escuchamos, con expresiones diversas, la misma desalentadora afirmación: "No soy creyente por culpa de los creyentes"; entendidos por "creyentes" a quienes van a Misa, rezan y observan los preceptos eclesiásticos. El llamamiento de Jesús, ejemplarizado en su persona, reclama un cambio profundo, aproximado al renacimiento. En aquel diálogo nocturno con Nicodemo, lo expresa con términos semejantes: "Te aseguro que el que no renace de lo alto no puede ver el Reino de Dios".² El cambio no puede ser súbito, debe respetar una pedagogía adecuada, ejercida desde la paciencia, la decisión valerosa y la humildad. En Cristo aparecen esas virtudes. Constituyen las expresiones más elocuentes del amor y de la paciencia de Dios.

3.- **Familiarizados con el desorden.**
Reclamar transparencia ha sido una constante en mis alocuciones. Siempre he comenzado por la misma Iglesia: por sus Pastores, sus consagrados y sus laicos. El valor exigido parece exceder las posibilidades humanas; resulta como demasiado ambicioso ya que incluye un cambio substancial, capaz de desarmar formas de pensar y de comportarse, que nos han configurado desde la cuna. Admitimos como normal el desequilibrio y, a veces, lo que contradice a la verdad y al bien. Nos hemos familiarizado con el desorden, hemos legislado lo que no está bien, o disconforme con el plan de Dios, como debió hacerlo Moisés presionado por la dureza de cerviz de su pueblo. La licencia para divorciarse no incluía la negación explícita de los mandamientos principales. Hoy se legisla amparando el crimen del aborto como si nada. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha perdido el hombre en los caminos de su agitada historia? *El sentido de lo sagrado.* Ha querido zafarse de una cosmovisión mitológica e inclinó su pensamiento hacia el otro extremo, igualmente pernicioso. Si todo depende del manejo creativo del intelecto, el mismo sentido del universo viene a ser efecto del

¹ Marcos 10, 21.

² Juan 3, 3.

arbitrio humano. El dominio, de por sí "administrativo", se convierte en absoluto y abusivo. En consecuencia se corre un riesgo seguro: *la destrucción*. El fenómeno de la progresiva dilatación del agujero de ozono y de los espectaculares desordenes climáticos ha irrumpido, como nunca, en el tranquilo y paradisíaco planeta tierra.

4.- ***El ideal verdadero.***
Subvaloramos a los jóvenes cuando, de manera demagógica, pretendemos endulzarles el futuro y reducir la dureza de la realidad a un dibujo animado. Existe en ellos la capacidad y el anhelo de enfrentar dificultades y adoptar la reciedumbre de un estilo de vida sin concesiones. Lo que sí necesitan es un ideal suficientemente alentador. Lo humano, delimitado por la mediocridad y el egoísmo, se desmorona irremediamente. ¡Qué pobres e insuficientes resultan los ídolos mediáticos contemporáneos ante el hambre de infinito! No alcanzan; al poco tiempo causan desilusión como el sol que busca ocultarse rápidamente en el crepúsculo. La fuente inagotable que sacia esa sed es Dios. Jesucristo acerca, en su naturaleza humana pasada por la muerte, el "*agua viva*" que sacia la sed de infinito. Es el ideal: exigente, austero, capaz de otorgar un justo sentido a los proyectos más osados, merecedor del don de todo lo propio, hasta de la vida y de la pretensión de vivirla sin normas, como objeto de un libre albedrío irresponsable. La perfección, a la que aquel joven es invitado, incluye la opción definitiva por lo mejor, aunque exija el breve sacrificio del despojo. El apego al dominio exclusivo de los bienes inmoviliza a los "*mejores*". Aquel "*buen muchacho*" se entristeció ante la perspectiva de un cambio de vida que demandaba, necesariamente, adoptar la inseguridad social de los pobres, con el fin de poseer un bien superior, el del seguimiento de Jesús.

5.- ***Misión insustituible de la madre.***
No por casualidad hoy la sociedad celebra el *día de la madre*. La madre está íntimamente unida a la formación de las virtudes humanas de sus hijos. Es probable que el "*buen*

muchacho" de la historia evangélica, que tenía muchos bienes, fuera un jovencito mimado, educado esmeradamente para vivir en una sociedad ordenada y sin conflictos. ¿Quién sería su madre? Una ejemplar matrona de la clase más alta de la sociedad. A no dudar que lo educó conforme a los severos preceptos religiosos de su tiempo: cumplía desde siempre los mandamientos. Pero ocurrió lo imprevisible: una nueva e insólita relación entre las personas, incluso entre aquellas que, por el nivel social y económico, se encontraban en condiciones socialmente calificadas como diversas, hasta contrapuestas. Cristo, hecho verdaderamente pobre, vino a derribar los muros de separación, para inaugurar una familia que desbordara las clases, las culturas y los pueblos. Para incorporarse a ella será preciso renunciar a hábitos de soledad clasista y a orientar los propios bienes a la mesa común de los hermanos, incluidos los pobres y marginados, sirviéndose de ella el manjar inapreciable del amor divino. Entre las virtudes practicadas por aquel joven faltaba la más importante: la de saber elegir lo mejor a cambio de los bienes relativos y efímeros. En la mayoría de las madres: pobres y no tan pobres, simples e ilustradas, hallamos una capacidad de ofrenda personal que, en momentos, se hace despojo heroico. Allí está la virtud que no supo practicar aquel "*buen muchacho*" y aprenderla quizá de su propia madre.